

José María Ridaó, diplomático y autor de
'La estrategia del malestar'

“ESPAÑA NO ES UN PAÍS CORRUPTO”

El diplomático José María Ridaó, actual cónsul adjunto en París y colaborador de EL SIGLO, acaba de publicar *La estrategia del malestar* (Tusquets Editores). Este ensayo, que tiene forma de caleidoscopio, perfila una mirada sobre un período de tiempo que va desde la caída del Muro de Berlín, en 1989, a la crisis del euro. De la I Guerra Mundial hasta la Revolución Conservadora, la manera de conseguir sociedades estables y cohesionadas fue a través de la estrategia del bienestar. En un determinado momento, parece que la estrategia que se usa es la contraria, la del malestar, promovida por la Revolución Conservadora. De ahí el título de este libro. Ridaó niega que España sea un país corrupto. A su juicio, lo que sucede es que “tiene un problema de corrupción”.

Por Luis Marchal

Al principio de la crisis, Nicolas Sarkozy fue un abanderado de refundar el capitalismo. ¿Es más fácil acabar con el Estado del Bienestar?

—La idea de *La estrategia del malestar* es que estamos en un período en el que se pretende pasar a la historia por la vía de destruir lo que han sido los grandes avances que han vivido Europa y el mundo desde el final de la II Guerra Mundial hasta hoy. Cuando Sarkozy habla de refundar el capitalismo, le traiciona el subconsciente. En esa pretensión, parece aflorar la convicción de que se ha promovido una utopía desde la Revolución Conservadora que ha fracasado. Al señalar que hay que refundar el capitalismo, lo que freudianamente dice es: “La desregulación del flujo financiero fue un auténtico disparate”. Lo que ocurre es que está consiguiendo sobrevivir momentáneamente. Estamos en ese alero donde las cosas pueden caer de un lado o para el otro.

—Su libro trata de ilustrar que, en el momento de la caída de la Unión Soviética, todos los focos se dirigieron a la descomposición del comunismo.

—No se prestó ninguna atención a lo que estaba ocurriendo en el otro lado, al tipo de capitalismo que se estaba construyendo o destruyendo al otro lado. Ahí ocurre un fenómeno muy curioso: la Revolución Conservadora encuentra una especie de legitimidad política en el hecho de apuntarse una victoria contra el sistema comunista que en realidad no le corresponde. Es la última en llegar a la contención de la expansión del sistema comunista, haciéndolo cuando ya está prácticamente agotado.

—¿Fue el propio sistema comunista el que se autodestruyó?

—Sí, pero lo que es importante es que el capitalismo que había enfrente del sistema comunista durante los años posteriores a la I Guerra Mundial era un modelo de la estrategia del bienestar. Curiosamente, quie-

“La Revolución Conservadora, con Thatcher y Reagan, se apuntó una victoria contra el comunismo que no le correspondía”

nes lo atacan desde el lado capitalista, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, se apuntan una victoria sobre el sistema comunista que no les corresponde. El capitalismo que ha llevado el grueso de la contención de la expansión del sistema comunista es el modelo keynesiano, el Estado del Bienestar.

—¿Qué ha supuesto la tecnología moderna para los objetivos del capitalismo?

—Depende de qué capitalismo hablemos. Para el capitalismo actual, para el capitalismo posterior a la Revolución Conservadora, para las corrientes neoconservadoras, ha supuesto la coartada para eximirse de responsabilidad para los fines que han escogido, que han fracasado en la crisis de 2007. Ellos afirman: “No es que nosotros hayamos escogido desregular los flujos financieros, sino que los flujos financieros quedan desre-



gulados desde el momento en que existen nuevas tecnologías". Se achacan a las nuevas tecnologías decisiones que son políticas. De esta manera, no hay responsabilidad ni posibilidad de contestación. La disidencia de esos fines escogidos políticamente, como es la desregulación financiera, se convierte en locura o en falta de percepción de la realidad, cuando son fines políticos tan legítimos como los anteriores.

—Entonces, ¿de quién es la responsabilidad de la situación en la que estamos?

—Hay primero una responsabilidad directa de la Revolución Conservadora, de sus principales líderes, Thatcher y Reagan, que proponen un modelo de acuerdo con el que la desregulación equivale a la liberalización. Es decir, un régimen de libertades no es un régimen donde las leyes garantizan la liber-

“Está fuera de lugar el que la reflexión política e intelectual sea dirigida, que no busque encontrar respuestas a problemas”

“Los medios de comunicación se han convertido, frente a la corrupción, en instrumentos de la venganza política”



F. MORENO

tad de los ciudadanos, sino que un régimen de libertad es un régimen sin normas. Lo que sabíamos, desde los tratadistas clásicos, desde Hobbes en adelante, es que la ausencia de normas en una sociedad es la ley de la selva, no es la libertad. La libertad es lo que surge en el interior de normas bien hechas. El debate político siempre ha consistido en saber qué es una norma bien hecha. Hay una segunda responsabilidad que es ideológica y, en gran medida, intelectual. Se encuentra en todos estos intelectuales aislados, en los *think tanks*, que inmediatamente se lanzan a dar una explicación a esas políticas que se han decidido. Insisto, no proceden de las nuevas tecnologías. Son políticas que se deciden. En los años 60, era un delito sacar una maleta con billetes, pero las personas podían viajar libremente. En los años 80, 90 y en la actualidad, tenemos una situación en la cual, efectivamente, las maletas con billetes, o a través de internet, pueden viajar libremente, pero las que no pueden viajar libremente son las personas. Esta situación, que desencadenan políticamente Thatcher y Reagan, tiene inmediatamente el apoyo de lo que son nuevos templos de ortodoxia, estos *think tanks* que no reflexionan para saber a dónde llega su reflexión, sino que reflexionan con un fin determinado. “Se trata de conseguir que esto sea viable”. Ésa es una perversión intelectual de la que no nos hemos librado. Hoy la reflexión no es libre, sino que está dirigida.

—En España tenemos ejemplos como el de FAES, del PP.

—Efectivamente. O también, y esto es lo más grave, en la propia izquierda. Cuando se pregunta a un responsable de una fundación del PSOE cuál es su opinión sobre un determinado tema, declara: “Vamos a estudiarlo, pero ya le puedo adelantar que es contraria”. Está fuera de lugar el que la reflexión política e intelectual sea dirigida, que no busque encontrar respuestas a problemas y preguntas formuladas también desde la reflexión.

—¿Hay espacio para la esperanza? ¿Tras haber ocupado plazas con movimientos como el 15-M, hemos aprendido?

—No podemos caer en el error del antisistema. El uso que se ha hecho del sistema democrático español ha sido un uso espurio. El peor error de los ciudadanos sería re-

galar el sistema a quienes han hecho ese uso espurio. Se trata de dejar claro que el sistema es nuestro, es de los ciudadanos. Lo que hay que hacer es pedir democráticamente todas las responsabilidades a quienes han hecho un mal uso. Cuando ahora se plantean tantas cuestiones sobre la Monarquía, lo que hay que recordar es que la Monarquía, la institución, es de los ciudadanos españoles. No es de una dinastía o de un miembro de esa dinastía en concreto. La esperanza está en algo que pasa muy desapercibido porque la alternativa que se nos da es “a favor del sistema” o “en contra del sistema”. La alternativa es que los ciudadanos somos los dueños de las instituciones democráticas, de las que se ha hecho un mal uso y ese mal uso tiene que ser corregido. Ahora se habla de que España es un país corrupto. No. Hay que decir que eso no es verdad. España no es un país corrupto. España tiene un problema de corrupción.

—¿Por qué la corrupción no tiene coste electoral?

—Porque los ciudadanos no tenemos experiencia de la corrupción. Nosotros vamos a la universidad y no nos piden una mordida. Si nos para un Guardia Civil en la carretera, no se nos ocurre proponerle un arreglo. Si vamos a hacernos un carné de identidad, si vamos a Hacienda con nuestra declaración, qué no se nos ocurra pensarlo. Todo esto hace que los ciudadanos no tengamos experiencia de la corrupción. La corrupción está muy vinculada, sobre todo a partir del año 1998, a una determinada Ley del Suelo, a un determinado problema de financiación municipal, que luego se traslada también a la administración autonómica y a un problema de financiación de los partidos. Se empieza a dar respuesta a esos problemas de manera alegal. Cuando la Ley del Suelo considera urbanizable todo el territorio español y la responsabilidad recae en los ayuntamientos, éstos descubren que fijando la línea de lo urbanizable y lo urbano en un sitio o en otro pueden pedir a los promotores que les hagan las aceras. Eso no es ilegal, pero es alegal. Es muy malo que en un sistema empiece a haber zonas de alegaldad. Como todo esto se produce en un contexto de burbuja financiera, se descubre que aparte de financiar la acera o el polideportivo, se puede financiar al partido. Entonces,



F. MORENO

“La política que hacen PP y PSOE es autorreferencial”

En *La estrategia del malestar*, José María Ridao recuerda las dos formas de concebir la política de François Furet, la idea mesiánica de la política, que se manifiesta como una disidencia absoluta con el orden institucional en vigor, y la idea de la ampliación del acuerdo, identificada con la voluntad de promover la gradual inclusión de intereses o de diferencias de cualquier índole. A su juicio, PP y PSOE no entran en esta dicotomía. “El problema del PP y del PSOE es de otra naturaleza. La política que hacen es autorreferencial. La oposición está a la espera de explotar los errores del Gobierno. No hay nada más. Es decir, en una situación de crisis importantísima, no hay iniciativas importantes para dar respuestas a problemas importantes, de desequilibrio económico, de desigualdad social, etcétera”, opina. Lo de Furet sí se puede aplicar a la contestación de los ciudadanos ante el mal uso de las instituciones. “Muchas veces, se regala el sistema democrático a quienes han hecho mal uso de él. Yo veo con enorme preocupación ideas que parecen como la puesta en cuestión del sistema constitucional y el desprecio a la Constitución del 78. Esa Constitución es nuestra”, concluye.

eso ya es abiertamente ilegal. Ése es el núcleo de la corrupción en España. Insisto, la inmensa generalidad de los españoles no ha tenido experiencia de corrupción. Y eso es algo que tenemos que subrayar como un gran avance después del franquismo, de una Administración dictatorial y corrupta pasamos a una Administración donde nadie tiene esa experiencia.

—En su libro hay fuertes críticas a la profesión periodística. Una de ellas es “la renuncia del periodismo a proponer la agenda pública en virtud de un proceso de reflexión”.

—Ése es uno de los grandes cambios que han producido las tecnologías. Con las nuevas tecnologías, la distancia entre la noticia y la información es mucho mayor que antes. Hoy tenemos noticias por todas partes. Lo que no tenemos es información. Información es la noticia inserta en su agenda. Elaborar una agenda es una reflexión a la vez cultural, política e intelectual. Sin embargo, los medios de comunicación españoles van a la zaga de lo que dice la política. Muchas veces, lo que la política dice son filtraciones interesadas que hacen entrar en connivencia de intereses de periodistas y responsables públicos, que parecen determinar la agenda y que lo que están haciendo es perturbar la agenda. En España, donde hemos visto escándalos de corrupción como los que hemos visto, en momentos en que había casi seis millones de parados, ¿cuál era la agenda política? ¿El regalo a un presidente o presidenta autonómica por parte de un poder financiero? ¿Ése era el gran tema de la agenda? ¿O el gran tema de la agenda era el desempleo? Los medios de comunicación han querido resolver parte de su crisis a través del sensacionalismo, la agenda se invierte. Se han convertido, frente a la corrupción, en instrumentos de la venganza política, porque no es cierto que haya periodismo de investigación. Lo que hay son filtraciones que han deteriorado gravísimamente las instituciones y que han deteriorado gravísimamente el periodismo. La última pata de todo esto, que aparece recientemente, es la literatura regeneracionista. La que asevera, para poner al público en pie, que España es un país corrupto. Ése no es el papel de los intelectuales. Como decía Karl Kraus, el diagnóstico es la enfermedad que más prolifera. ●